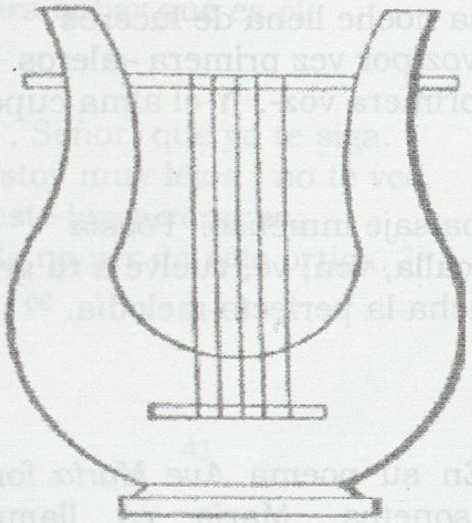
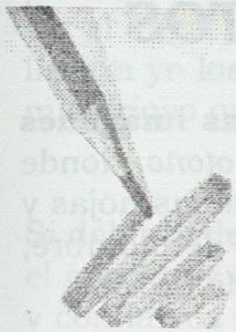
Misteriosa y el poeta dice que la brisa escaló aire de oro cuando ella, la pradera pisa. En el tercero pinta la escena en que la Virgen viene a la fuente y en sus hombros un lucero se coloca. Lo termina. . .

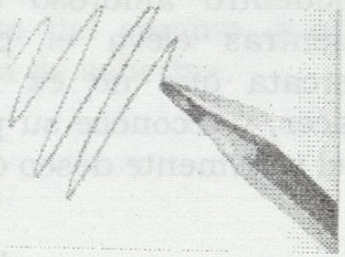
Mientras llena sus cántaros, el viento
mueve su cabellera. (El joven viento
de abril.) La tarde canta y enmudece.

Canta y enmudece. Canta y mira
a la Virgen que vuelve y que suspira
y a las primeras sombras resplandece. [31]





VIII



LOS SONETOS

En su libro **Recinto y otras imágenes** (1941) incluye *Tres sonetos de otoño*, donde denota la estación de la caída de las hojas y la etapa de madurez en la vida del hombre, como puede interpretarse cuando escribe:

Pausa de otoño, poderosa y lenta,
tu tiempo deslindó límpida zona.
Ya el corazón batallas abandona,
ya la voz de la sed calló sedienta.

Seguirte a media voz, pausa opulenta,
ceñirte a media luz, grave corona;
hallarte a medio mar que me aprisiona,
salvarte al fin de la final tormenta. [32]

En los sonetos que titula *Todo un día* canta sus visiones en el campo y el encuentro amoroso con su madre; pero mientras eleva el paisaje a paraíso se percata que no es lo mismo sentir que hacer, y reconoce su pequeñez ante el roble y el vehemente deseo de las alas.

¡Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera
ser el ángel que fui! ¡Si en cada mano
llevara yo los puños de ese grano
misterioso que al monte es primavera!

Si delante de mí se detuviera
el árbol que camina por el llano
y con la voz frutal dijera: hermano,
¿cómo puedes sembrar la primavera?

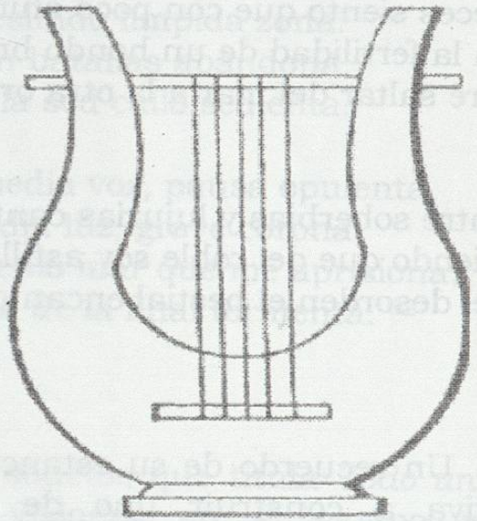
A veces siento que con poco ahínco
y en la fertilidad de un hondo brinco
podré saltar del mar a la otra orilla.

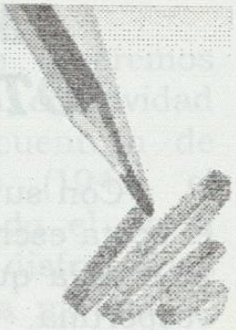
Y entre soberbias y lujurias canto
sabiendo que del roble soy astilla
y del desorden el bestial encanto. [33]

Un recuerdo de su estancia en Asís le motiva a construir uno de los *Sonetos suplicantes*, de él transcribimos los tercetos donde cierra su rapto del camino que lo obliga a vaciar su alma de soberbia.

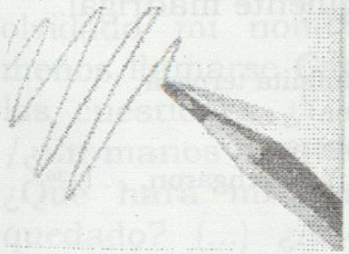
¡Con qué alegría la humildad fue bella!
Cristo: vuélveme a dar esa mirada
que barrió de mi ser lo que descuella.

La soberbia animal vuelva a su lodo
para que mi humildad, siempre habitada,
nada me dé porque lo tengas todo. [34]





IX



MADRIGALES Y OTROS POEMAS

Con su chispa de humor característica el poeta escribe un madrigal donde le dice a la amada que le hará una flor matutina y vespertina, donde ésta pueda ser una futura poesía. Veámoslo.

Con la pureza de Evangelina
y con el fuego de Tabaré,
te haré una rara flor matutina
y vespertina.

Te haré una rara flor vespertina
y matutina
con la pureza de Evangelina
y con el fuego de Tabaré. [35]

El tema de Salomé, causante de la decapitación de Juan Bautista, lo trata magistralmente en el siguiente madrigal.

Fueron sus dedos vértices de infinita terneza,
más finos cuando se deshojaron
como flechas de Luna en la cabeza
de San Juan, que era noche. ¡Y se vengaron. . . ! [36]

Entre los poemas que queremos destacar por su singular belleza, emotividad y magnífica expresión se encuentran de **Recinto y otras imágenes** (1941) el segundo de XX poemas, donde el poeta reclama intimidad y se niega a disfrutar las caricias del ser amado ante la mirada de intrusos, aunque éstos sean de índole natural, como puede notarse en el siguiente fragmento.

Que se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestras dos caricias
que no se dan porque la puerta, abierta. . . [37]

Otro de sus poemas es el titulado *He olvidado mi nombre*, que comienza: He olvidado mi nombre, /todo será posible menos llamarse Carlos. (...) ;y luego siguen las cuestiones ¿Y dónde habrá quedado? /¿En manos de qué algo habrá quedado(...) ¿Qué hará mi nombre,/en dónde habrá quedado? (...) ¿A qué fruto sin árbol le

habré dado mi nombre/ con este olvido lívido de tu feliz memoria? (...) ¿En qué jirón de bosque habrá quedado?/ ¿Qué corazón del río lo tendrá como un pez,/ sano y salvo? (...)

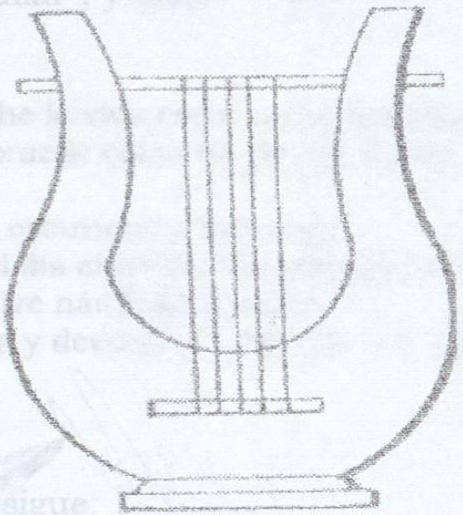
Y casi al final recupera su identidad , cuando reconoce:

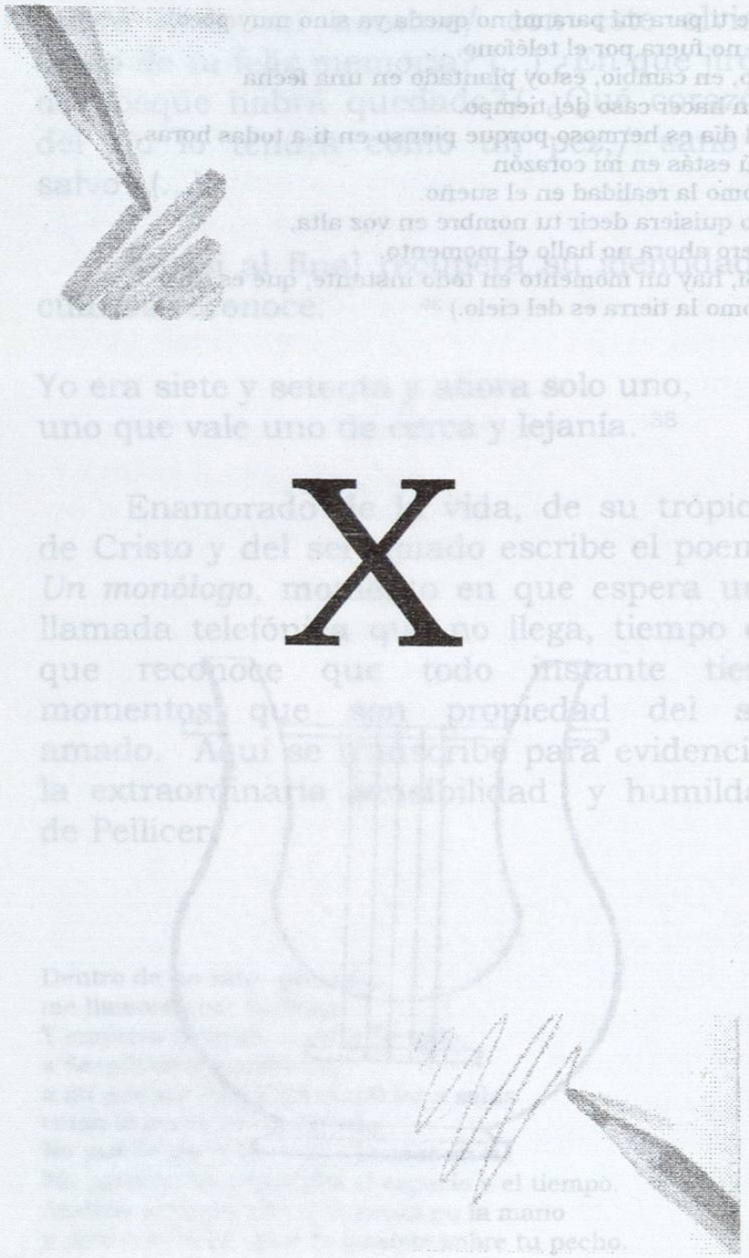
Yo era siete y setenta y ahora solo uno,
uno que vale uno de cerca y lejanía. [38]

Enamorado de la vida, de su trópico, de Cristo y del ser amado escribe el poema *Un monólogo*, momento en que espera una llamada telefónica que no llega, tiempo en que reconoce que todo instante tiene momentos que son propiedad del ser amado. Aquí se transcribe para evidenciar la extraordinaria sensibilidad y humildad de Pellicer.

Dentro de un rato –pienso-,
me llamarás por teléfono.
Y empiezo a darme cuenta de todo,
a despilfarrar el silencio,
a mí que me gusta tanto hablar a solas
como la arena en el silencio.
No puedo hacer nada sin pensar en ti.
Me parecen inaceptables el espacio y el tiempo.
Anduve siempre con el corazón en la mano
y una vez –unos días- lo pusiste sobre tu pecho.

De ti para mí para mí no queda ya sino muy poco:
si no fuera por el teléfono. . .
Yo, en cambio, estoy plantado en una fecha
sin hacer caso del tiempo.
El día es hermoso porque pienso en ti a todas horas.
Tú estás en mi corazón
como la realidad en el sueño.
Yo quisiera decir tu nombre en voz alta,
pero ahora no hallo el momento.
(Sí, hay un momento en todo instante, que es tuyo
como la tierra es del cielo.) [39]





SUS NOCTURNOS

La armonía del afecto que se dio entre el poeta y su madre sólo es comparable con la dicha que en él produce sus visiones y contactos marinos. En el *Nocturno a mi madre*, Pellicer habla de la felicidad que siente cuando reza con ella. Su madre le enseñó a leer, a decir versos y lo llevó al mar. Este poema creado en su vigilia, inicia: Hace un momento/ mi madre y yo dejamos de rezar. Después la describe con amor y nos habla de la noche, su oscuridad y su silencio. En su mano conjuga fe y amor materno, pero es una noche especial en que " dichosamente ha olvidado callar", y dice:

Bajo la noche la vida crece invisiblemente.
Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y fosforece
y sube en el día entre los arrecifes de coral.
Corazón entre náufrago y pirata
que se salva y devuelve lo robado a su lugar. [40]

Y prosigue:

Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora. (. . .)

Para terminar:

El ángel de la noche también sueña.
¡Sólo yo, madre mía, no duermo sin tu sueño! [41]

En otro nocturno producto de su pluma juvenil, el poeta extraña sus noches venturosas y resiste la duración de la amargura, Su nostalgia lo hace sacralizar un recuerdo amoroso con un regio sentido estético.

Mi sagrado recuerdo de ese amor sin fortuna
que el enigma conoce de las noches de luna,
en el huerto comulga con el pan de su vida.
¡Y mi vida se asombra de sentirse sin vida! . . . [42]

Admirador de Darío, también le canta a la juventud, pero su fe y esperanza lo llevan a meditar que podrá seguir siendo joven y después, como Dante, buscará en el Paraíso a su amada mujer.

¡Ya no sé qué cantar! ¡Ya no sé que decir!
Es tan bella y tan lírica mi inmortal juventud
que me siento encantado de mi amable existir.

¡Mi cuerpo todo vibra con enorme laúd!

¡Amor! Eternamente he de amar la vida
a pesar de la muerte que me aguarda... Yo sé
que ella me dará una leal bienvenida
diciéndome: ¡Poeta, te ha salvado tu fe!...

Seguiré siendo joven. Y allá en el Paraíso
hallaré como Dante a la amada mujer,
que con palmas y rosas me aguardará... Indeciso,
absorto, casi incrédulo penetrará mi ser.
Oh edad de oro mágica. ¡Oh edad de la elegancia!
¡Nada es tan elegante como la juventud!
Oh adolescencia mía llena de la fragancia
¡Primavera! ¡Te adoro! ¡Tú eres mi laúd! [43]

En el Nocturno XIX la angustia de la vida lo cubre totalmente y nada lo embelesa ni lo conturba, el reloj no funciona, el tiempo ya no cuenta, pero las palabras vuelan porque su vocación es hablar y su mano incansable y su corazón también.

Nada en esta noche para mi alma.
Nada.
El mutismo de la sombra
como caridad hermana.
El misterio de los libros
de las páginas blancas,
y la serenidad augusta
de la venus blanca.